

CAPITULO XIX.

CARLOS V. SOBRE TUNEZ.

1535.

Alarma en que Barbaroja habia puesto las naciones cristianas.—Quién era Barbaroja: sus famosas piraterías: su elevacion y encubramiento.—Cómo se hizo rey de Argel.—Hácese gran almirante de Turquía.—Conquista á Tunez.—La Europa asustada vuelve los ojos á Carlos V.—Proyecta el emperador pasar á Africa.—Grandes preparativos.—Naciones y flotas que concurren á la empresa.—Parte la grande armada de Barcelona.—Cárlos y su ejército en Africa.—Célebre sitio y ataque de la Goleta.—Porfiada resistencia de los de Barbaroja.—Fuerza numérica de cristianos y moros.—Combates: hazañas.—Rasgo de nobleza del emperador.—Terrible tempestad.—Preséntase en el campamento imperial el destrozado rey de Tunez, Muley Hacén.—Trabajos que pasaron los cristianos.—Ataque general de la Goleta.—La toman.—Marcha el ejército imperial sobre Tunez.—Jornada penosa.—Disposiciones de Barbaroja para la defensa.—Espera á los imperiales fuera de la ciudad.—Derrota y retirada de Barbaroja.—Huye de Tunez.—Hecho notable de los cautivos cristianos.—Entrada de Cárlos V. en Tunez.—Saqueo: escesos de la soldadesca.—Repone á Muley Hacén en el trono, y con qué condiciones.—Sale el emperador de Africa y pasa á Italia.—Fama y reputacion que ganó con esta expedicion Cárlos V.

Volviendo ya á los sucesos que acá en el Antiguo Mundo dejamos pendientes, y en que andaban en-

vueltos el monarca y la nacion española, el lector recordará que en el capítulo XVII. quedaba el emperador Cárlos V. preparándose para nuevas y mas ruidosas expediciones que las que acababa de ejecutar. Tal fué en efecto la que emprendió luego contra el famoso pirata argelino Barbaroja, que traia alarmadas y poseidas de espanto las naciones de la cristianidad. Daremos algunas noticias de los hechos que habian dado ya celebridad á este terrible corsario, y de los antecedentes que motivaron la empresa del monarca español.

Dos hermanos, Horuc y Haradin, hijos de un alfarero de la isla de Lesbos, llevados de su genio inquieto y de su aficion á la vida aventurera, abandonaron el humilde y pacífico oficio de su padre, y lanzándose atrevidamente al mar, se dieron á ejercer la piratería (1515). Su actividad y su arrojo los hicieron primeramente dueños de un bergantin que lograron apresar, y á fuerza de valor y de destreza, ayudados tambien de una buena suerte, fueron haciendo tantas presas que llegaron á reunir una flota de doce galeras y varios buques menores. A poco tiempo era ya su nombre el terror de los navegantes, é infundia espanto desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Gibraltar. Acometian con frecuencia las costas de Italia y de España, y el fruto de sus rapiñas iban á venderlo á bajos precios á los puertos de Berbería, donde eran por lo mismo bien recibidos. Al paso que

crecía su poder, crecía también su ambición, y no careciendo de talento, elevaban ya sus pensamientos á mas altas aspiraciones que la de ser simples piratas. La ocasión no tardó en venirles á la mano. El rey de Argel reclamó su ayuda para apoderarse de un fuerte que los gobernadores españoles de Orán habían construido cerca de su capital. Los dos hermanos corsarios, dueños ya de una respetable armada, acudieron en socorro del argelino con cinco mil hombres de desembarco, que fueron recibidos en Argel como libertadores. Aprovecháronse allí del descuido y confianza de los moros, y asesinando secretamente al rey que había invocado su auxilio, Horuc, el mayor de los dos hermanos, se hizo proclamar rey de Argel. Su política como soberano, su respeto á las costumbres del país, su liberalidad con los que se le mostraban adictos, y su rigor con los que se le manifestaban desafectos, le fueron asegurando el trono y haciendo olvidar el criminal origen de su poder.

No satisfecha con esto la ambición de Horuc, acometió á su vecino el rey de Tremecen, le venció en batalla, y agregó á su reino aquellos dominios. Y como continuase al mismo tiempo sus depredaciones por el litoral de Italia y de España, envió Carlos V. tropas al marqués de Gomares, gobernador de Orán, para que en unión con el destronado rey de Tremecen hiciese la guerra al terrible Horuc. Condújose en ella el caudillo español con tal energía, que después

de haber derrotado en varios encuentros las tropas del usurpador, le obligó á encerrarse en Tremecen, y al querer éste escaparse de la ciudad, fué sorprendido y atacado, y murió peleando con un esfuerzo digno de la alta reputación de que ya por su valor gozaba.

Quedaba su segundo hermano y compañero Chairadin ó Haradin, mas conocido con el nombre de Barbaroja, por el color de su barba, no menos ambicioso, ni de menos resolución y talento que su hermano. Dedicóse éste al arreglo interior de su reino, sin renunciar por eso á las expediciones marítimas, y á estender sus conquistas por el continente de Africa. Y á fin de ponerse á cubierto de los ataques de las armas cristianas, y de las sublevaciones de los árabes y moros de mal grado á su poder sometidos, puso sus estados bajo la protección del sultán de Constantinopla, Soliman II. Este á su vez, habiendo sufrido la armada turca algunas derrotas por las naves imperiales que mandaba el ilustre genovés Andrea Doria, creyó que el único que por su valor y pericia en el mar podía contrarrestar la pujanza de aquel famoso marino era Barbaroja, en cuya virtud le ofreció el cargo de almirante de la armada turca. Con esto pasó Barbaroja á Constantinopla, donde después de haber hecho algunas presas en el camino, entró con cuarenta velas, siendo grandemente recibido por el sultán, y agasajado por el visir y por los bajás.

Tuvo no obstante Barbaroja que luchar con cierta oposicion y vencer ciertas intrigas de córte, pero manejándose, no ya con la rudeza de un corsario, sino con la astucia de un cortesano y de un hombre político, consiguió su nombramiento de gran almirante, y que le dieran posesion de las galeras, poniéndole el mismo sultan en la mano el alfange y el pendon real, en señal del poder absoluto de que le investia en los mares y puertos á que arribase.

Uno de los grandes proyectos de Barbaroja y en que acersó á inducir al sultan, fué apoderarse del reino de Tunez, el mas floreciente de la costa de Africa en aquel tiempo. Contaba para esto con las discordias que destrozaban aquel reino, gobernado por el traidor Muley Hacen, que habia subido al trono asesinando á su padre y á sus hermanos, uno de los cuales, llamado Al-Raschid, logró salvarse refugiándose en Argel bajo el amparo de Barbaroja, que le llevó consigo á la capital del imperio otomano. Bajo el pretesto pues de colocar en el trono al fugitivo príncipe, proyectó Barbaroja conquistar el reino tunecino y agregarle al imperio de la Sublime Puerta. La idea no podia dejar de ser bien acogida por Soliman, el cual le facilitó gustoso todo lo necesario para la empresa. Al mismo tiempo el pérfido corsario hacia creer al desgraciado Al-Raschid que todo el aparato de guerra y de conquista que veia se dirigia á recobrar para él el reino de que injustamente

le habia despojado su hermano. Mas cuando llegó el caso de salir la expedicion, el engañado príncipe se quedó arrestado de órden del sultan, ó mejor dicho, como sepultado, pues no se supo ya mas de él.

Partió, pues, el ya famoso Haradin Barbaroja del puerto de Constantinopla con grande armada, que algunos hacen subir á 250 velas, con buen número de genzaros y soldados turcos, y no pequeña provision de dinero, todo prestado por el sultan; y despues de haber corrido y devastado las costas de Italia, tomó rumbo á Africa y se presentó delante de Tunez, cuando menos se le esperaba. Apoderóse desde luego del fuerte de la Goleta que domina la bahía. Disgustados los tunecinos del gobierno tiránico de Muley Hacen, y creyendo que iba en la armada el príncipe Al-Raschid, levantáronse contra su rey, que tuvo que salir de la ciudad sin poder sacar sus joyas ni dinero, y abrieron las puertas á Barbaroja. Cuando vieron que los soldados turcos no aclamaban sino á Soliman, y que Al Rachid no parecia, convencidos ya de la traicion tomaron furiosamente las armas contra los invasores que de aquella manera los habian burlado. Por de pronto pusieron en bastante aprieto á Barbaroja y los suyos, pero el antiguo corsario, que tenia ya no menos de hábil guerrero que antes habia tenido de terrible pirata, supo manejarse de manera, que envolviendo á los moros y haciendo en ellos gran matanza los obligó á pedir tregua, les persuadió de que habia

ido á darles mejor rey que el que tenian, les prometió muchas mercedes, y les hizo reconocer á Soliman por su soberano y á él mismo por su virey, asegurándoles, que cuando no estuvieran contentos con Soliman, les daría á Al-Raschid (agosto, 1533).

Lo primero de que cuidó el conquistador, fué de fortificar mas la Goleta, abriendo á mayor abundamiento una gran zanja entre la fortaleza y la ciudad, por donde entraba el mar haciendo un rodeo de tres ó mas leguas, y servía de ancho y cómodo puerto de abrigo para sus naves. Con esto, y con dominar tan vasto pais, resolvió marchar sobre Sicilia con la armada turca y con cuantos corsarios pudo juntar, amenazando tambien á Nápoles, y poniendo en cuidado á todas las potencias, que no podían ver sin susto la aproximacion de tan audaz y poderoso enemigo.

En su general temor todas volvian los ojos al emperador y rey de España, como el único capaz de abatir la pujanza de aquel nuevo y formidable perseguidor de la cristiandad. Y en efecto, sobre ser Carlos el mas poderoso príncipe, era tambien el mas interesado, puesto que los mas espuestos á las depredaciones del rey pirata eran sus estados de Cerdeña, de Sicilia, de Calabria, todos los dominios de Italia, de Africa, y aun de España. Así lo comprendió el emperador, y por lo mismo se preparó á quebrantar, y aun á aniquilar si podia, el creciente poder de Barbaroja. Desde luego envió á su criado el genovés Luis de Pre-

sendes á Tunez, para que, fingiéndose un comerciante siciliano que iba á vender sus mercaderías, con la facilidad que le daba su conocimiento del idioma y de las costumbres del pais, como hombre que habia vivido algun tiempo en Africa, sondeara con sagacidad y cautela la situacion del rey y del reino, intrigára y sobornára si podia, é indagára sobre todo cómo y por qué medios podria mejor ser atacado; á cuyo efecto le dió una larga instruccion (14 de noviembre, 1534), prescribiéndole la manera cómo habia de manejarse en cada caso ⁽¹⁾. Este emisario fué tan desafortunado en su mision, que habiendo sido descubierto y denunciado á Barbaroja por un morisco español, fué inmediatamente degollado, arrastrado por las calles y quemado fuera de los muros de Tunez.

Despachó luego el emperador á Italia (6 de diciembre, 1534) á su gentil-hombre Tello de Guzman con cartas para el príncipe Andrea Doria ⁽²⁾ para su embajador en Roma, conde de Cifuentes, y para el mismo pontífice, excitando á todos estos á que en union con los demas príncipes italianos se apercibiesen y preparasen, segun las fuerzas de cada estado, á ayudarle en la espedicion que meditaba contra Barbaroja, poniéndose de acuerdo y bajo la direccion del gran marino Andrés Doria para el tiempo, órden y

(1) Sandoval inserta esta instruccion en el libro XXI. de la Historia del Emperador Carlos V. ambas maneras se escribe en las historias el nombre bautismal del ilustre genovés, españolizándole unos, y conservando otros su originaria terminacion.

(2) Decimos indistintamente Andrés ó Andrea Doria, porque de

lugar en que cada cosa habia de estar aparejada, como negocio grave y que interesaba á la cristiandad entera. Con el propio objeto escribió á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, al marqués del Vasto, Antonio de Leiva y otros generales, ordenándoles aprestasen cuanta gente, navíos y armas pudiesen, mientras por acá el marqués de Mondejar, capitán general del reino de Granada, recogía de orden del emperador hombres, naves y bastimentos, y los tenía listos en los puertos de Andalucía para la proyectada empresa.

Tan á su cargo y con tanto interés la habia tomado el emperador, que á principios del año 1535 se hallaron dispuestos dos mil quinientos españoles de los veteranos de Nápoles, ocho mil tudescos, otros ocho mil italianos, y hasta ocho ó diez mil españoles con una gran parte de la nobleza. El rey de Portugal quiso también ayudar á la expedición con su gente y sus naves ⁽¹⁾. Solo Francisco I de Francia, de quien

(1) En la Biblioteca del Escorial, códice de Misceláneas, ij—V—4. se halla un opúsculo con el título de: «Tratado de la memoria que S. M. envió á la Emperatriz nuestra Señora del ayuntamiento del armada, reseña y alarde que se hizo en Barcelona, etc.» en que se da noticia de los buques aprestados para la expedición de Tunez en los términos siguientes:

• El Marqués del Gasto (Vasto) es salido de Génova con 45 naos gruesas, entre las cuales vienen muy hermosas carracas: en las cua-

les vienen ocho mil alemanes y dos mil y quinientos españoles de los viejos que estaban en Italia... Andrea Doria trajo 47 galeras, y en ellas mil y ochocientos hombres de guerra, y en cada galera ciento cincuenta hombres de remos.—Don Alvaro de Bazan 45 galeras, con la misma orden.

Las galeras de Italia.

«El papa 9 galeras.—Génova 8 galeras.—Nápoles 4 galeras.—La Religion 6 galeras.—Cecilia 4 galeras.

ya se sospechaba ó sabía que llevando hasta un extremo abominable su rivalidad con Carlos andaba en tratos y connivencias con el gran turco, no solo se negó á las escitaciones del César y del Pontífice, sino que dió aviso á Barbaroja y al sultan de todo lo que el emperador preparaba y del objeto que se proponia. Con este aviso tomó Barbaroja las mas eficaces disposiciones para resistir la acometida de las armas cristianas. Púsole todo en conocimiento de Soliman para que le diera su auxilio: llamó toda la gente de guerra de Tunez, de Argel, de Tremecen y de los Gelbes; amplió y fortificó mas la Goleta, haciendo trabajar en ella hasta nueve mil cautivos cristianos y la tercera parte de los vecinos de Tunez cada dia; colocó dentro del grande estanque sus galeras armadas, y solo dejó fuera quince para ocurrir á lo que necesario fuese.

El monarca español por su parte, cuando todo

«Otros señores grandes de Italia, cada uno con lo que puede: que son por todas setenta galeras. En estas viene la gente de Italia que vienen con las naos y con el marqués del Gasto (Vasto).

«El rey de Portugal envió 23 carabelas muy ataviadas con dos mil hombres de guerra, y un galeon muy hermoso.

«De Vizcaya 23 zabras con mil y quinientos hombres de guerra, y dos galeones.

«Aqui en Barcelona y en estas costas se han tomado 80 escorchapines para caballos y otras cosas.

«Saldrán de aqui con S. M. y sus guardas y gente de su casa, y

señores y caballeros, y otros muchos aventureros: de esta tierra gran número de gente que no se puede contar al presente, y todos muy bien acompañados, que es cosa muy admirada. Y cada dia viene mas gente, portugueses y españoles.»

Mas arriba se lee: «De Málaga vienen 80 naos, las cuales están en Salou... en las cuales vienen ocho mil hombres de paga y mil ginetes, que por lo menos no hay ninguno que no trae uno ó dos consigo, de manera que en esto serán quince mil hombres.»—Colección de documentos inéditos, tom. I.

lo tuvo ordenado, partió de Madrid (abril, 1535) y se encaminó á Barcelona á recoger la armada y dar calor á la empresa que habia de dirigir personalmente.

Nombró á la emperatriz gobernadora de España é Indias, y le dejó las instrucciones convenientes para el gobierno de los estados ⁽¹⁾. La primera que arribó á la playa de Barcelona fué la flota portuguesa, compuesta de veinte carabelas, mandadas por el general Antonio de Saldaña, con el infante don Luis, hermano de la emperatriz, y la flor de la juventud y de la nobleza de Portugal, lujosamente vestida. Llegó luego el ilustre genovés, príncipe de Melfi, Andrés Doria, general de la armada, con veinte y dos galeras perfectamente estibadas y artilladas, distinguiéndose la capitana por sus veinte y cuatro banderas de tela de oro con las armas imperiales, y yendo todas enramadas de forma que cada cual semejaba desde lejos un jardín. A los pocos días apareció don Alvaro de Bazán con las galeras españolas encomendadas á su mando. La gente de embarque que se juntó en Barcelona era tanta, y tanta la que acudió á ver tan lucida flota, que no cabia en la ciudad ni se podia andar por las calles. Encontrábase allí casi toda la grandeza de Castilla, casi todos los caballeros y nobles de España, con multitud de religiosos y clérigos, mercaderes y artesanos de todos los oficios, todos con deseo de embarcarse

(1) Instrucción de Carlos V. á la emperatriz su esposa al salir á la expedición contra Tunez: Colección de documentos inéditos, tom. III.

y de tomar parte en la empresa. Y el día que el emperador hizo muestra de toda la gente (14 de mayo), vióse tal gala en los trages, libreas y paramentos de hombres y caballos que era maravilla distinguiéndose entre todos el emperador con la cabeza descubierta y una maza de hierro dorada en la mano. Además iban á su lado varios pages, llevando cada cual una de las armas que el César podia usar en la guerra, uno el almete, otro la lanza de armas, otro la gineta, la rodela otro, otro la ballesta, el arcabuz otro, y otro un arco con flechas ⁽¹⁾.

Dióse la orden para el embarque, y tanto era el afán por ir en esta ruidosa expedición, que por más que se acordó en consejo de guerra no consentir que fuese sino la gente útil para la pelea, no bastó todo el rigor á evitar que se ingiriese gente inútil y embarazosa, y hasta cuatro mil y más mugeres, «que no hay rigor, dice á este propósito el historiador obispo, que venza y pueda más que la malicia.» Todavía antes de darse á la vela mandó el emperador hacer una procesion solemne, sacando de la catedral el Santísimo Sacramento, y en el cual llevaron las cuatro varas del pábulo una el infante don Luis de Portugal, otra el duque de Calabria, el duque de Alba la otra,

(1) En el mismo citado opúsculo de la Biblioteca del Escorial se refiere el alarde que hizo el emperador en Barcelona de todas las tropas destinadas á la expedición de Tunez, y se describe minuciosamente el traje de gala que llevaba cada grande y cada caballero, con los hombres de armas, pages y demás que acompañaban á cada uno.

y otra el emperador mismo. Aun no contento con esto, hizo un rápido viage á visitar la santa imagen de Nuestra Señora de Monserrat, de que era muy devoto, confesó y comulgó allí, y se volvió con la misma precipitacion á Barcelona. Al fin, el 30 de mayo (1535) sonaron por la ciudad las trompetas anunciando la proximidad de la partida: el emperador oyó misa en Nuestra Señora del Mar, embarcóse en la galera Bastarda, dispuesta y adornada por Andrés Doria con multitud de vistosas banderas, en que se veian bordadas armas y escudos y se leian versos de los salmos; retumbó la artillería de la ciudad, resonaron las músicas, y dadas las velas al viento partió la armada, y haciendo escala en las Baleares arribó á Cagliari (Callier), capital de Cerdeña (11 de junio), donde se le incorporó el marqués del Vasto con las naves y gente de Nápoles y de Sicilia, con la infantería alemana, y con las galeras del Santo Padre. De modo que se juntaron allí hasta veinte y cinco mil infantes y dos mil caballos, sin contar los cortesanos y aventureros; y entre naves grandes y pequeñas, galeras, galeones, carabelas, fragatas, fustas, bergantines y tafurcas, se reunieron hasta cuatrocientas veinte velas (1). El emperador mandó que nadie saliese de la nave en que habia venido, bajo pena de la vida, y publicó un pregon

(1) Carta del emperador al marqués de Cañete, virey de Navarra, desde Barcelona á 9 de mayo, dándole cuenta de su viage y proyecto, y encargándole obedeciese en todo á la emperatriz.—Sandoval, Hist. de Carlos V., lib. XXII.

tomando bajo su amparo á los hombres de todas las naciones que componian su ejército, y ordenando á todos que hicieran treguas entre sí los que fuesen enemigos, hasta que terminase la guerra de Africa.

Continuó la grande armada con próspero viento desde Cagliari (13 de junio), navegando á la vanguardia los portugueses, á retaguardia don Alvaro de Bazan, y el César en medio. Cuéntase que le preguntaron quién habia de ser capitán general en aquella guerra, y que enseñando un crucifijo levantado en alto respondió: «Este, cuyo alférez soy yo.» Arribó la escuadra á la costa africana, y desembarcó una parte de la tropa en Puerto Farina, donde estuvo la antigua ciudad de Utica, que dió nombre al severo Catón. Una gran parte del ejército imperial tomó despues tierra y estableció su campamento sobre las ruinas de la famosa Cartago, en otro tiempo dominadora de Africa y de gran parte de España. Desde allí el emperador envió al marqués del Vasto y al de Aguilar á reconocer la Goleta, distante solo unas cinco millas, mientras las galeras de Andrés Doria ganaban una torre llamada del Agua, por contener dentro ocho pozos de agua dulce.

Sorprendido se quedó Barbaroja cuando supo que en aquella armada iba en persona el emperador de los cristianos, cosa que no creia en la estacion de verano tan rigurosa en Africa y tan peligrosa para los europeos. Disimuló no obstante, y le dijo á uno de sus pri-